

Elvira Menéndez

EL CORAZÓN
DEL OCÉANO

temas de hoy. TH NOVELA

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

Edición no venal

El contenido de este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

© Elvira Menéndez, 2010

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2010

Ediciones Temas de Hoy es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid

www.temasdehoy.es

Depósito legal: M. 53.370-2009

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Printed in Spain–Impreso en España

II

EMBARQUE DE DAMAS

Puerto fluvial de Sevilla. 10 de abril del año de Nuestro Señor de 1550

La llegada de las ochenta damas causó una auténtica conmoción en el Arenal, el puerto fluvial de Sevilla.

Los comerciantes, vendedores, marineros, estibadores, carreteros, calafates, carpinteros, pícaros y esclavos que pululaban por el puerto dejaron de lado sus tareas para verlas embarcar. En medio de aquel revuelo, comenzaron a circular toda clase de rumores:

—Me han dicho que llevan a esas damiselas al Nuevo Mundo para casarlas con conquistadores.

—¡Pero si no son más que unas niñas!

—Las que lleguen... ya serán mujeres. Que el viaje es largo y en algo habrán de entretenerse.

—¡Cucharón de alcornoque, que son muy tiernas! Además, ¡qué dirían sus esposos!

*Invisible y enfadosa,
sin duda es la doncella,
pues en los tiempos que corren
ninguno la logra ver.*

Recitó entre risas el estibador.

Abría la marcha doña Mencía, capitana de la expedición, apoyándose en el brazo de su hijo Diego. La seguían en fila las damitas, vigiladas de cerca por doña Sancha y otras cinco dueñas, contratadas para este propósito, que, vara en mano, mantenían a raya a los que osaran acercarse.

—¡Que no se aparte ninguna de la fila! —ordenó doña Sancha en cuanto traspasaron la puerta del Arenal—. ¡Y vosotras empleaos más a fondo con la vara, que hay muchos moscones!

La cándida frescura de las jóvenes —oscilaban entre los doce y quince años, solo alguna llegaba a los dieciséis—, la brevedad de sus talles, su lozana belleza y sus tiernas y coquetas sonrisas levantaron bramidos de admiración.

—Oh, hi de puta, ¡qué carnes más blancas! ¡Y qué frescas! —comentó un carretero.

—¡No he visto tantas cabelleras rubias y tan bien adereza-

das en mi vida! —replicó su compadre—. A menos que sean postizas.

Las muchachas llevaban muchos días preparándose para este desfile. Se habían blanqueado la cara con blanduras de solimán y albayalde y coloreado las mejillas, las sienes y las palmas de las manos con mudas de Granada. Casi todas habían teñido o aclarado sus cabellos con lejías para parecer más rubias. Y se habían ayudado unas a otras a hacerse complicados peinados de trenzas, rizos, rodetes y guedejas que sujetaban con vistosas cintas de colores.

—¡Y qué me dices de los trajes que llevan! Si parecen damas de la corte.

Como era costumbre, se habían puesto sus mejores galas para el viaje. El sol temprano hacía refulgir las sedas, brocados, tafetanes y muselinas de sus vestidos y las joyas con las que se adornaban: lazos de pedrería, cintillas de perlas, botones de plata, camafeos o rosarios de filigrana.

Sus hidalgas familias, aunque arruinadas, se habían esforzado en proporcionarles lo mejor de sus arcones, para paliar el remordimiento que les producía enviar a sus hijas a matrimoniar al Nuevo Mundo, por no disponer de dinero con que dotarlas.

Aquel despliegue de tiernas bellezas, talles juncales, joyas y suntuosos vestidos, levantó bramidos de deseo entre los mirones del Arenal. De las bocas de estas rudas gentes,

poco acostumbradas a las ternezas, salían toda clase de brutalidades:

*Quisiera ser pirata,
más que por oro o por plata,
por lo que hay entre tus patas.*

Fue de lo más cortés que escucharon.

Al oír cómo las requebraban, con más groserías que lisonjas, Ana se preguntó si los hidalgos que las esperaban en Asunción serían tan rudos como esos. Se estremeció al caer en la cuenta de que, más que hidalgos educados, serían soldados, aventureros, pícaros o rufianes que habrían adquirido respetabilidad matando y robando a los indios. Sintió una opresión en el estómago. «¿Cómo no lo habré pensado antes? Al contrario que a mis compañeras, me ofrecieron la posibilidad de elegir. Aunque ¿qué opciones tenía? Ningún convento me hubiese admitido sin dote y habría acabado en casa de alguno de mis hermanos, criando a mis sobrinos. Cuando me comprometieron para el viaje, con tan solo doce años, la curiosidad por conocer otro mundo y mi afán de aventuras me ofuscaron», pensó.

Ahora que tenía catorce, a medida que se acercaba el momento de cruzar el inmenso océano que las separaba del Nuevo Mundo, se sentía cada vez más preocupada.

Era tarde para volverse atrás.

Sus compañeras, felices de sentirse mayores, apenas disimulaban lo mucho que las deleitaba excitar la lujuria de aquellos patanes. Al ver sus sonrisas inocentes, sintió lástima. «Ninguna se ha parado a pensar en lo que pueda esperarnos al otro lado del mar», se dijo.

Al pie de la rampa por la que subirían al barco las esperaba el marqués de Mondéjar, presidente del Consejo de Indias, autoridades de la Casa de Contratación, el obispo de Sevilla, algunos amigos y una multitud de hidalgos desconocidos. Muchos eran simples curiosos o galanes desocupados que habían ido a verlas zarpar.

La salida de las tres naves al mando de una mujer había despertado gran expectación en Sevilla, pues era la primera vez que una expedición compuesta por damas tan principales partía hacia el Nuevo Mundo.

Entre las gentes del Arenal comenzó a desvanecerse el rumor de que las tierras del Río de la Plata eran las más pobres de las Indias:

—Pero ¿no decían que les habían puesto ese nombre para atraer pobladores?

—Tantas damas de calidad no viajarían allí sin traza de hacer fortuna.

De nuevo circuló la historia del Rey Blanco, el monarca de piel pálida, poseedor de riquezas sin fin, que se ocultaba en algún lugar misterioso de la selva.

—Deben de haberlo encontrado —murmuró un hidalgo sevillano—. De otro modo no se explica que esa tal doña Mencía viaje al Nuevo Mundo tan precipitadamente y con tantas mujeres a su cargo.

—Lo que han encontrado es una montaña de plata: la del Potosí —contestó su interlocutor.

El marqués de Mondéjar, presidente del Consejo de Indias, que había escuchado la conversación, sonrió complacido. Estaban errados, pero sin duda tales hablillas ayudarían al joven don Diego a reunir, en los próximos meses, suficientes dineros y hombres para organizar una segunda expedición que ayudara a su madre a hacerse con el poder que detentaba Irala en Asunción.

Mientras doña Mencía se despedía de su hijo y de las autoridades, comenzó el embarque de los pasajeros.

Doña Isabel, sus hijas y varias familias amigas subieron a la nao capitaneada por don Francisco de Becerra, su esposo, donde iban la mayor parte del grano, las semillas, los esquejes y las herramientas que necesitarían en las Indias.

El grueso de los soldados y otro grupo de familias extremeñas fueron acomodados en la nao del capitán Ovando.

La mayoría de las doncellas embarcaron en la nao *San Miguel*. Era el más lento pero también el más espacioso de los tres buques y se había considerado conveniente que las mujeres viajasen en él.

A mitad de la rampa, Ana se volvió al oír una algarabía de groserías. Julia y sus dos mejores amigas, las gemelas Lucía y Lucinda, subían montadas en altísimos chapines de ocho corchos, que más parecían zancos. Para no perder el equilibrio, se meneaban de tal forma que despertaban la lascivia de los rijosos mirones, pues, queriéndolo o no, mostraban los zapatos e incluso los tobillos. La joven recordó la conversación que la dueña había tenido con doña Mencía unos quince días antes.

—*Las damitas insisten en que les dejéis ponerse chapines, puesto que, como van a casarse, según ellas tienen derecho a ello. Yo, por mi parte, os recomiendo que no les deis permiso hasta después de zarpar, para evitar que los zarrapastrosos las requiebren.*

—*Déjales ese goce al menos, Sancha, que bastantes penurias les esperan.*

Aunque la dueña le caía mal, Ana tuvo que reconocer que, al menos en eso, llevaba razón. Era una insensatez subir con chapines al barco.

Cuando Julita se cayó de bruces sobre la rampa, Ana acudió a ayudarla, pero un montón de manos masculinas se adelantaron para desesperación de la dueña, que, vara en mano, tomó cartas en el asunto. Doña Mencía tuvo que intervenir para que doña Sancha dejase quieto el palo. Los solícitos caballeros se retiraron soplándose las manos.

Ana se adelantó para ser la primera en subir a bordo. Como el resto de las muchachas, lucía sus mejores galas: el vestido de terciopelo carmesí que le había regalado su madre dos años antes y que ahora le sentaba como un guante. Se sentía atractiva y ansiaba encontrarse con el capitán Salazar, pues tenía la esperanza de que se fijara en ella. Cruzó la nao para buscarlo por babor, pero el amplio verdugado de su falda le impedía pasar por lugares estrechos y la cubierta estaba llena de obstáculos: rollos de cuerda, fardos, baldes, cabos, redes, jaulas y barriles. Le costó mucho sortearlos para llegar al otro lado.

«La travesía va a ser más incómoda de lo que había imaginado», se dijo al ver que los marineros no le quitaban sus burlonas miradas de encima. Quizá esperaban que los aros del verdugado se engancharan en alguna parte y cayesen al suelo.

A pesar del cuidado que ponía, al pasar entre un rollo de cuerda y un barril el pasamano de la falda se le enganchó en un clavo.

Varios marineros se acercaron raudos para ayudarla a desenlazarlo. Apeataban. Hasta sus gorras de estambre olían a podrido.

«Ha sido un desperdicio haber gastado nuestras aguas olorosas en perfumarnos para que estos zarrapastrosos se deleiten», se dijo.

Al fin, vio a Salazar. Estaba sobre la toldilla dando órde-

nes y no era el momento de saludarlo. Así que volvió a la borda de estribor, donde se arremolinaba el resto de sus compañeras.

Estaban muy contentas, pues, para despedirlas, los jóvenes caballeros les lanzaban desde la orilla almendras garrapiñadas, frutas escarchadas y otras golosinas envueltas en papelillos de colores. Ellas, para corresponder a su gentileza, les arrojaban sus cintas del pelo, alfileres y pañuelos.

Ana no participó de aquel galanteo, convencida de que ninguno de ellos, en realidad ningún hombre sobre la tierra, podía compararse con su admirado capitán Salazar.

—¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Preparados para zarpar!
—gritó el piloto mayor.

La orden fue repetida como un eco por todos los rincones del barco.

El obispo, que había acudido a bendecir las naves, alzó su mano derecha e hizo la señal de la cruz. Los pasajeros y los hidalgos del Arenal se pusieron de rodillas y rezaron un padre-nuestro y un avemaría para rogar a Nuestro Señor una buena travesía.

Cuando estaba de rodillas, Ana vio en la cubierta inferior, a través de una rendija entre las maderas, a un grupo de marineros que se disponía a empujar una enorme rueda.

El capitán gritó:

—¡Levad anclas!

Se oyó un acorde de guitarra y los marineros empujaron la pesada rueda con todas sus fuerzas.

Ana, intrigada, pegó la cabeza al suelo para averiguar dónde estaba el guitarrista, y en esa postura la sorprendió doña Mencía.

—Veo que te interesa la operación de levar el ancla. —Por su tono de voz, Ana comprendió que no consideraba digno de una dama espiar arrodillada en el suelo de cubierta.

—¿Para qué mueven esa rueda? —preguntó, incapaz de reprimir su curiosidad.

El rostro de la dama se dulcificó. Una vez más, Ana le recordaba a ella misma por su curiosidad.

—Se llama cabestrante y sirve para subir el ancla, que está enterrada en el lecho del río.

—¿Enterrada?

—Sí, es muy pesada, para evitar que las corrientes o el viento desplacen el barco.

La nao reculó.

—¿Y por qué les cuesta tanto a esos marineros mover el cabestrante?

—Hay que arrastrar el barco, con lo pesado que es, hasta donde está el ancla.

—¿Me permitís seguir... mirando?

—Fingiré que no te he visto. —Reprimió una sonrisa mientras se alejaba.

Ana descubrió al músico en un rincón de la segunda cubierta. Tocaba una guitarra de cuatro cuerdas dobles y, al compás de sus acordes, los marineros empujaban.

Alonso estaba desencajado por el esfuerzo. Al igual que a sus compañeros, los lagrimones de sudor le recorrían de la cabeza a los pies.

La tripulación dio un alarido cuando el ancla fue, al fin, izada y la nao comenzó a moverse a más velocidad.

Ana, apoyada en la borda, contempló cómo Sevilla se perdía en la distancia. Se le hizo un nudo en la garganta al pensar que quizá jamás regresara a aquella hermosa ciudad. Ni a Medellín... Ni a España.

—¿Me acompañas a ver las bodegas, Ana? —Era Isabelita, la traviesa hija menor de doña Mencía.

—Tu madre no lo permitirá.

—Todo el mundo está muy ocupado; nadie se fijará en nosotras.

—No sé... si será prudente.

—¡Anda, ven! ¡No volveremos a tener una oportunidad así!

Ana sabía que era cierto. Y tenía tanta curiosidad como su joven amiga por conocer las entrañas del barco. Siguió a la niña escaleras abajo, procurando hacer el menor ruido posible.

En la bodega reinaba una oscuridad casi total, pues las ren-

dijas habían sido cuidadosamente tapadas con alquitrán antes de zarpar.

—Huele mal —se quejó la niña.

—Y no se ve nada. Será mejor que subamos.

Isabelita sacó de debajo de su capa una linterna cubierta con un forro de fieltro. Al quitarlo, se iluminó débilmente la sentina que quedaba abajo.

—Ya lo había pensado y he traído una linterna encendida. ¿Ves? Ahora podemos curiosearlo todo.

En los estantes había cajas, cofres, baulillos y herramientas, además de rollos de cuerda y fardos de tela muy gruesa que Ana supuso serían para restaurar las velas.

—¡Vamos a abrir un cofre, Ana!

—No creo que debamos.

—¡Quiero saber qué hay dentro!

Ni corta ni perezosa intentó abrir el primer cofre que tenía a mano, pero estaba cerrado con llave.

—Voy a ver si las cajas están abiertas.

De una de ellas colgaba una cuerdecilla con un cartelito que decía: «Caja de pertenencias del marinero Fernando Fernández y del grumete Tomás».

—Es el equipaje de la tripulación, Isabelita.

La pequeña hizo un mohín de disgusto.

—Creía que llevaban tesoros.

—¿Tesoros?

—Sí, oro, plata, perlas... Por eso los piratas atacan a...

—¡Cómo vamos a llevar tesoros! Si acaso, cuando regresemos de las Indias. —Se calló, y pensó: «Si es que lo hacemos alguna vez», porque no quería entristecer a la pequeña con su pensamiento.

La niña había dejado de prestar atención a las cajas y se dedicaba a oler los barriles para averiguar su contenido.

—Estos son de vino; esos otros, de aceite. Aquellos del rincón no huelen a nada.

—Serán de agua.

—Todos los de debajo de la escalera huelen a... vinagre. ¿Para qué llevamos tanto vinagre, Ana?

—Tu madre me ha dicho que para evitar que los alimentos se pudran. Y no sigas oliendo; los demás barriles contienen bizcochos, carne salada, pescado seco, cecina, legumbres, frutos secos, cebollas, limones...

—¿Cómo lo sabes?

—Ayudé a tu madre a hacer las listas de lo que debíamos llevar.

—Bajemos ahora a la sentina. El capitán Salazar me dijo que el fondo del barco va lleno de piedras.

—Creo que es para darle estabilidad —aclaró Ana mientras bajaban.

El hedor a cloaca que imperaba en la sentina era insoporable.

—No veo las piedras.

—Estarán bajo las tablas.

La niña se arrodilló con la linterna para que la luz entrase por entre las rendijas del suelo de la sentina.

—Sí, ¡aquí están! ¡Ah! —gritó—. ¡Hay miles de cucarachas! ¡Qué asco! ¡Me pica todo el cuerpo!

—Los marineros dicen que cucarachas, piojos, chinches y ratones tienen su reino en la sentina.

—¿Ratones? ¡Aj! ¡Vámonos de aquí! —Isabel echó a correr escaleras arriba seguida de Ana.

Una vez en cubierta, la niña fue al camarote de su madre y Ana se quedó a mirar por la borda. La nao navegaba río abajo y le apetecía respirar aire fresco. Se soltó las cintas para aliviar la tirantez del peinado y dejó que sus cabellos flotaran al viento.

—Es un placer volver a encontraros —era el muchacho de pelo pajizo que las había seguido a ella y a doña Mencía por los jardines del Alcázar.

Ana hizo un mohín de disgusto. No se explicaba como tenía el atrevimiento de dirigirle la palabra. ¿Es que no se percataba de que era una dama? Doña Mencía les había advertido de que no debían permitir familiaridades a la tripulación. Sin dignarse contestarle, se fue al otro extremo de la cubierta, a reunirse con sus compañeras. Seguían haciendo recuento de las golosinas que los caballeros del muelle les habían regalado.

—¿A ti no te han dado ninguna, Ana? —le preguntó Julita.

Se había hecho un peinado con dos trenzas que se unían por la punta en la frente, para dar a su cara forma de corazón. Pero, con su mandíbula caballuna, no le sentaba bien. «Al final, su fealdad interior acabará reflejándose en su cara», pensó Ana.

—¿Quieres unas almendras de las mías? —le ofreció la dulce Rosa, que acababa de cumplir doce años hacía unos días.

Las damitas, después de rivalizar un rato acerca de la cantidad y calidad de los dulces que cada una había recibido —Ana lo entendió como una manera encubierta de competir por quién era la más hermosa—, entraron en el castillo de popa para cambiarse de ropa y colocar su equipaje. Llevaban sus mejores vestidos y no convenía desgastarlos si no había caballeros presentes.

Nada más entrar, manifestaron su contrariedad. El recinto era muy reducido. Los baulillos de mano, orinales, capas y mantas de las muchachas, que los marineros habían acomodado junto a los costados del buque, lo empequeñecían aún más.

—¡No tocamos ni a tres varas! ¡Será imposible moverse! —se quejó Julita.

Ana se dijo que tenía razón. Iba a ser muy penoso viajar en aquel espacio tan exiguo. Para colmo, la ventilación era escasa.

—Esto es lo que hay, y tendremos que arreglarnos —replicó la dueña—. Que para bordar y rezar no hace falta más.

«Espero poder leer alguno de los libros de doña Mencía», pensó Ana.

—¿No podrían subir unas cuantas a la cámara de arriba, al menos para dormir? —insistió Julita.

—No, es más pequeña que esta y estarían aún más apretadas.

Mientras sus compañeras se cambiaban y colocaban sus pertenencias, Ana se quitó el verdugado y salió a tomar el aire.

En la proa, doña Mencía oteaba el horizonte.



Un par de horas después, Sánchez Vizcaya, el piloto, ordenó a todos los grumetes que subieran a las jarcias a desatar las velas.

—¡Daos prisa! ¡Han de estar desplegadas antes de que lleguemos a la barra de Sanlúcar! —gritó.

Alonso nunca había tenido miedo a las alturas, pero se le ocurrió mirar hacia abajo en el momento en que el barco se balanceaba y quedó paralizado por el vértigo al ver mar, en vez de suelo, bajo sus pies. Un marinero que subía detrás se dio cuenta.

—Cierra los ojos y espera a que se te pase el vahído, grumete —le aconsejó.

—¡Me voy a caer! —gimió.

El marinero trepó en un santiamén y lo sujetó por la espalda.

—No te aflijas, que no te caerás, mancebo. Respira hondo cinco veces. —Alonso obedeció—. Ahora, abre los ojos, busca la escala con el pie e intenta subir sin mirar hacia abajo. ¿Ya?

—¡Noo pueedo moverme!

—Tienes que aflojar el ansia. ¡Habla de lo que sea!

—¿Por qué urgee desplegar las velaas? —tartamudeaba de miedo.

—Tenemos que estar preparados para aumentar la velocidad de crucero en cuanto salgamos a mar abierto, después de pasar la barra de Sanlúcar.

—No sééé qué ees la baarra de Saanlúcar.

—Las arenas que se acumulan en la desembocadura del Guadalquivir forman una barra que obstaculiza el paso de los barcos. ¿Te encuentras ya mejor? —Alonso asintió y el marinero señaló una curva del río—. Tras ese recodo está la barra de Sanlúcar y cuando lleguemos se acabarán tus congojas. El piloto mayor ordenará bajar a todo el mundo, menos a mí que soy el vigía y he de vigilar la maniobra desde la cofa. ¿Serás capaz de seguir solo?

—Sí, ya se me ha pasado el vértigo. De no haber sido por vos...

—¡Bah! No tiene importancia.

—Espero tener ocasión de agradecereros...

—Ya me lo agradecerás cuando estemos en cubierta.

—Sí, la travesía será larga.

—Para mí no; desembarcaré en las Islas Afortunadas.

Afeitarratas y Troceamierdas se acercaron a él en cuanto puso los pies en cubierta.

—El miedo es ave de mucho vuelo, ¿eh? —bromeó Troceamierdas dándole una palmada en la espalda.

Alonso intentó escabullirse, pero Afeitarratas lo agarró del brazo.

—Anda, ven a sentarte con nosotros mientras el piloto maniobra para pasar la barra de Sanlúcar. Es más seguro ir sentado —aclaró—, porque la nao podría zozobrar y ¡la barra de Sanlúcar se ha tragado ya a muchos marineros!

—¡Y a bastantes navíos! —apostilló Afeitarratas.

Lo colocaron entre ambos y le ofrecieron un trago de vino de su bota, que a Alonso le supo a brea.

Poco a poco, las conversaciones cesaron y en cubierta reinó un profundo silencio. Alonso vio que la tripulación seguía con suma atención las maniobras del piloto para sortear la barra y que, con cada viraje de la nao, aquellos curtidos hombres de mar se estremecían.

—¿Es que tienen miedo? —preguntó.

Afeitarratas asintió.

—¿Tú sabes nadar, vizcaíno? —Cada vez que lo llamaba vizcaíno, Alonso creía percibir un cierto deje de ironía.

—Sí, desde que era un niño.

—Entonces, no tienes de qué preocuparte, porque la orilla está cerca. En cambio, los que no sabemos, si la nao se fuera a pique...

—No puedo creer que no sepáis nadar.

—Pocos marineros saben.

Afeitarratas se quitó el gorro y una larga melena, enredada y sucia, le cayó por la espalda.

—¿Has oído alguna vez la frase «se salvó por los pelos»?

—Sí.

—Los marineros nos dejamos el cabello largo para que nos puedan coger de él si nos caemos al agua.

—Me llamó la atención ver tantas guedejas entre los tripulantes, pero nunca imaginé la razón.

—¿Tú no tienes gorro?

—No, señor.

—Te regalaré uno que llevo de más. En un barco no conviene hacerse notar.

—¡Vítor, vítor! —eran los jubilosos gritos de la tripulación porque acababan de sortear la barra de Sanlúcar sin ningún contratiempo.

En cuanto salieron a mar abierto, Alonso, extenuado, apoyó la cabeza sobre un rollo de cuerda y se durmió. Se despertó al sentir que lo zarandeaban.

—Desperézate, grumete. —Era el contraмаestre, que recorría la cubierta repartiendo tareas—. Ve al camarote del capitán y pídele la corredera y la ampolleta. Cuando las tengas, busca al oficial de guardia para que calcule la velocidad de crucero.

Alonso desconocía la terminología y no sabía de qué hablaba. Pero fue al camarote del capitán a pedir lo que le habían dicho.

La ampolleta resultó ser un relojillo de arena y la corredera, una cuerda con nudos situados a la misma distancia.

Con ambas se presentó ante el oficial de guardia, que le dijo:

—Yo contaré los nudos y tú lleva cuenta del tiempo. —Lanzó la corredera al agua, y Alonso le dio vuelta al reloj.

Cuando cayó el último grano de arena, Alonso dijo:

—¡Ya!

—Tres nudos en medio minuto. Ve y díselo al piloto mayor para que lo apunte en su cuaderno, grumete.

De camino a proa, Alonso vio a Ana sentada junto a la borda de estribor. El sol del ocaso encendía sus cabellos y se la veía muy hermosa. «¿Por qué me desprecia?», se preguntó con una punzada de dolor.



Ana decidió ir a poner en orden su equipaje antes de que se fuera la luz. Al entrar, oyó gritos. Las muchachas, al extender sus mantas para pasar la noche, invadían los espacios de sus compañeras y eso provocaba fricciones. Ana se temió que la falta de intimidad no tardaría en hacerse insoportable. Mas no podía quejarse, incluso las hijas de la Adelantada estaban alojadas allí.

Se hallaba con doña Mencía cuando Juan de Salazar le explicó cómo se distribuiría el espacio.

—Viajaremos en el *San Miguel*, que tiene los castillos de popa y proa más grandes. He mandado dividir, mediante un tabique de madera, el castillo de proa, para que vuestra merced y yo dispongamos cada uno de un pequeño aposento. A las doncellas las alojaremos en el de popa, que dispone de dos alturas.

—Con nosotros viajarán sesenta; el resto lo harán con sus familias en los otros dos buques. ¿Cabrán todas en el castillo de popa? —preguntó doña Mencía.

—Tendrán que haber. Es la estancia más grande de la nao. Tradicionalmente se aloja en ella la gente de mando: oficiales, pilotos, contramaestres, cirujanos y frailes, pero durante este viaje tendrán que dormir en cubierta, en camaretas acotadas con mamparas móviles para separarlos del resto de la tripulación.

—¿Y los marineros? —se había interesado la dama.

—Habrán de acomodarse en el suelo. Tan solo cuando llueva recibirán permiso para dormir en el sollado o las bodegas.

—¿Por qué no duermen siempre ahí? Al menos estarían a cubierto.

—Son lugares sin ventilación y malolientes; el cirujano desaconseja utilizarlos para prevenir la peste del mar.

—¡Dios nos proteja de ese mal!

—¡Así sea!

Mientras Ana recordaba, el paje de las horas cantó:

*Bendita sea la hora en que Dios nació
y san Juan que le bautizó.
Amén Dios nos dé buenas noches,
buen viaje y buen pasaje.*

Era la señal para que la tripulación se fuese a dormir. Ana arrimó su baulillo al costado de la nave y se acomodó entre dos mantas para pasar la noche. Apenas podía moverse.

—Si pones la cabeza a mis pies, tendrás más sitio —le susurró María de Sanabria.

—Yo me pondré entre las dos —dijo Isabel, su hermana pequeña.

Rosa se echó a los pies de Ana.

Tras el difícil acomodo, se durmieron.

Un par de horas después, las aguas se encresparon y el buque comenzó a balancearse. Ninguna de las pasajeras, pues eran de tierra adentro, había oído hablar del «mal del mar», pero esa primera noche a bordo casi todas lo sufrieron. Con la cara más blanca que la cal salían a vomitar a cubierta, sin preocuparse de lo que llevaban puesto.

Esto provocó un revuelo entre los marineros, que, inmunes al mareo, cruzaban apuestas sobre cuántas muchachas saldrían en camisa durante el siguiente envite de las olas.

Doña Mencía ordenó al capitán que cerrara, también por fuera, el castillo de popa para evitar que las doncellas salieran de él durante la noche.

—Si han de vomitar —dijo—, bien pueden hacerlo en las bacinillas o en el suelo.

El capitán Salazar se negó.

—Se repondrán con más rapidez si toman aire fresco. Que los marineros bromeen sobre sus ropas no menoscaba el honor de las muchachas; son hombres rudos, quieren divertirse y, si no fuera de esto, se burlarían de cualquier otra cosa.

Este primer choque entre el capitán y la Adelantada se resolvió con la siguiente disposición, que la misma Mencía comunicó a las mareadas muchachas:

—El capitán ha ordenado que las mujeres, siempre que abandonen el camarote, deberán ir cubiertas con una capa que las tape hasta los pies.

A eso de las tres de la madrugada la mar se calmó y las viajeras pudieron dormir, por fin, a pierna suelta.



Antes del alba, el oficial de guardia recorría la cubierta pateando con entusiasmo los traseros de los agraciados con el siguiente turno de trabajo.

—¡Despertad, gandules, que ha llegado vuestro turno! —les gritaba a los agotados tripulantes—. ¡Poneos en pie de una vez!

Aunque se organizó un guirigay de juramentos y blasfemias, Alonso era incapaz de levantarse. Algo extraño le estaba sucediendo, pues no lograba recordar dónde estaba, ni quién era, ni siquiera salir del sopor. Sintió que su cuerpo se despegaba del suelo. ¡Podía volar! Extendió los brazos como si fuera un pájaro. En vez de elevarse, comenzó a descender hasta que el choque de su cuerpo contra las frías aguas del océano lo despertó. Abrió los ojos y vio solo oscuridad, una oscuridad impenetrable. ¿Por qué no podía salir de aquella pesadilla? Notó que le faltaba el aire e inspiró con todas sus fuerzas. La boca y la nariz se le llenaron de agua salada. Por fin, en su mente se hizo la luz. ¡Estaba hundiéndose en el mar! Pataleó con ímpetu para subir a la superficie. Alumbrado por la tenue

claridad de las linternas del barco, se vio en mitad de aquel océano negro e inmenso. Le sobrevino tal ataque de pánico que comenzó a temblar. ¡Lo habían tirado al agua! ¡Habían tratado de asesinarlo! Buscó la silueta de la nao a fin de calcular a qué distancia se encontraba. Estaría a unos cincuenta pies. Aunque fuera un imposible, tenía que alcanzarla. Si no lo hacía, aquel inmenso océano oscuro se lo tragaría para siempre. Nadó con todas sus fuerzas. Cuando por fin dio alcance al buque, estaba extenuado. Trató de gritar, pero fue incapaz de articular sonido alguno. Tenía que tranquilizarse. Tragó saliva y con ella un buche de agua de mar que le produjo unas arcadas tremendas. Tras vomitar, su garganta se relajó y notó que volvía a tener voz.

—So-co-rro —musitó—. ¡Socorro! —repitió un instante después a plena voz—. ¡Socorro! ¡Socorro!

Por fin, oyó la voz aguda de un paje que gritaba:

—¡Hombre al aguaaa!

—¡Aahh del barco! ¡Socorredme!

—¡Alonso! ¿Dónde estás? —el joven reconoció la voz de Afeitarratas.

—¡En el agua! ¡Me he caído por estribor!

—Procura no separarte del buque mientras buscamos un cabo para echártelo.

Afeitarratas tardó apenas un par de minutos —que a Alonso se le hicieron eternos— en soltar el cabo por la borda.

—¡Agárralo!

Pero era difícil hacerlo en la oscuridad y a Alonso se le escapó.

Troceamierdas se asomó por la borda con una linterna encendida y buscó a Alonso.

—¡Nada más de prisa, que te quedas atrás! —le gritó Afeitarratas.

—¡Ponle más brío o te perderás! —añadió Troceamierdas.

Al ver la luz, Alonso comprobó lo rezagado que se había quedado. Calculó que el buque se encontraba a unos cien pies de distancia.

—¡No pierdas de vista la luz por nada del mundo! —oyó gritar a Troceamierdas.

Le invadió un cansancio infinito. Y la desesperanza. Convencido de que nunca alcanzaría el barco, tomó la decisión de dejarse hundir. No soportaría la agonía de flotar en el océano hasta morir de hambre o agotamiento. Era mejor acabar de una vez. Dejó que su cuerpo se sumergiese lentamente. Su vida recorrió su memoria con rapidez infinita. El rostro de su madre, que tanto le costaba recordar, apareció nítido en su recuerdo. Y también el de todos los que lo ayudaron: su abuela, el padre Xoán, Di, Andrés, el rector... ¿Se tropezaría con ellos en la otra vida? De pronto, le embargó un terror oscuro. ¿Y si no había otra vida? ¿Y si los hombres fuesen como las hormigas, seres de los que ningún Dios se ocupa? Justo antes de morir,

flaqueaba su fe; no, no podía dejarse llevar por tales pensamientos. Notó una opresión terrible. El pecho le estallaba por falta de aire. El deseo infinito de respirar fue más fuerte que su decisión de morir. Pataleó para volver a la superficie y luchar por su vida. Cuando asomó la cabeza fuera del agua, oyó gritar a Afeitarratas:

—¡Hemos disminuido la velocidad! ¡Podrás alcanzarnos si pones empeño! ¡No pierdas el ánimo! —Movía la linterna de un lado a otro para indicarle su posición—. ¡Echa el resto, que siempre quedan energías!

Alonso nadó con bríos insospechados. La distancia se reducía. Cuando logró tocar el casco, sintió un golpe en la cabeza. Era una nueva cuerda, que acababan de echarle desde arriba. La agarró con ansia y gritó:

—¡Ya tengo el cabo!

—¡Átate a la cintura, que vamos a izarte! —respondió Afeitarratas.

Lo subieron a bordo justo a tiempo de oír la última estrofa de la cantinela del alba que el grumete de las horas entonaba con voz melodiosa:

*Bendito sea el día
y el Señor que nos lo envía...*

Se quedó en el suelo de cubierta, extenuado, mientras la

tripulación rezaba el padrenuestro y el avemaría con los que empezaba cada jornada.

Una vez acabadas las oraciones, fray Fernández Carrillo se arrodilló junto a él, farol en mano, y le preguntó con voz temblorosa:

—¿Estás bien?

Una arcada le impidió contestar. Sentía el océano entero dentro de su estómago.

Troceamierdas se lo apretó para hacerle vomitar toda el agua que le quedaba dentro. Tras hacerlo, se sintió algo mejor.

—No podía dormir y estaba casualmente en cubierta cuando oí un chasquido en el agua. No podía imaginar que habías sido tú —dijo fray Fernández Carrillo visiblemente emocionado—. ¡Alabado sea el Señor, que te ha sacado con vida de este trance, hijo mío! —Les hizo una seña con la mano a Afeitarratas y Troceamierdas para que se alejaran—. Vamos a rezar un padrenuestro para agradecer a Dios Nuestro Señor que te haya dejado entre nosotros.

Alonso farfulló el padrenuestro, pero a la mitad las arcadas volvieron y tuvo que interrumpirlo.

Acabado el rezo, vomitó por última vez, mientras el fraile lo sujetaba por la frente.

El oficial de guardia se acercó.

—En la próxima cena no trasiegues tanto vino, grumete, que estás en una nave, no en una taberna.

—No estaba borracho, señor. Solo bebí medio vaso en la cena.

—Este mancebo dice la verdad. Doy fe de que apenas probó el vino —corroboró el fraile.

Alonso se lo agradeció con una mirada.

El oficial se encogió de hombros.

—Entonces no me explico cómo te has caído.

—Alguien me empujó.

—¿Tienes enemigos a bordo?

—No, señor.

—¿Entonces?

Tras un instante de vacilación, Alonso contestó:

—Supongo que... salté yo mismo.

—He oído hablar de gente que camina en sueños. Bien, tienes permiso para descansar un rato, a fin de que se te pase el sobresalto. Y procura que alguien vigile tu sueño. Ya hemos perdido mucho tiempo por tu culpa.

—Lo lamento, señor.

Fray Carrillo le sonrió. Sus facciones correctas y delicadas le recordaron a Alonso las imágenes de los santos.

—Estás empapado; te traeré mi manta y una camisa para que te cambies —le dijo y se fue a buscarla.

—¡Todo el mundo a sus puestos! —gritó el piloto mayor.

Los marineros que rodeaban a Alonso se dispersaron.

El joven se preguntó cuál de ellos lo habría drogado y arro-

jado al mar. Porque la alucinación de que podía volar y el cansancio que sintió en el agua se debían, sin duda, al efecto de algún narcótico. Los más sospechosos le parecían Afeitarratas y Troceamierdas, que habían insistido en que colocase su manta entre las de ellos. Pero, entonces, ¿por qué pusieron tanto empeño en sacarlo después del agua? No tenía explicación..., a menos que fuese una argucia para ganarse su confianza.

Unos pasos apresurados interrumpieron sus cavilaciones. Era maese Pedro.

—Me han contado que te has caído al agua, Alonso. ¡Dios bendito, has perdido la color! ¡Qué mala cara tienes!

Alonso, al mirarlo, decidió que su consternación no podía ser fingida. Y sentía una necesidad desesperada de confiar en alguien.

—Me han empujado —musitó.

—¿De verdad?

Fray Carrillo, que regresaba con la manta y la camisa, lo interrumpió.

—Quítate esa ropa mojada antes de que te resfríes.

—Y luego ven a dormir junto al fogón, que acabo de encenderlo —añadió el cocinero.

—No pienso hacerlo a menos que veléis mi sueño.

—Alonso, hijo —terció el fraile—, comprendo que estés impresionado por el accidente pero...

—Padre, no fue un accidente, ¡han querido matarme!
El fraile palideció.

—Eso es... absurdo.

—¡Estoy seguro, fray Juan!

El fraile titubeó; parecía consternado.

—Si te tranquiliza, pediré permiso al capitán para que duermas a mi lado, Alonso.

—Será mejor que se venga conmigo —intervino maese Pedro—. Vos, padre Juan, dormís entre los oficiales y la tripulación no vería con buenos ojos que un grumete se ajunte a vuestras mercedes. Pero ya habrá tiempo de ocuparnos de eso.

Entre el cocinero y el fraile ayudaron a Alonso a desvestirse y a ponerse la camisa seca. Inmediatamente después, el religioso recogió del suelo la ropa mojada que Alonso acababa de quitarse.

—Me la llevaré para ponerla a secar —le dijo.

La humildad de fray Carrillo, que no tenía inconveniente en recoger la ropa de un simple grumete, impresionó al joven.

Maese Pedro lo acomodó cerca del fogón y lo tapó con unos sacos para que entrara en calor. Alonso se durmió enseguida.

Media hora después, el cocinero lo zarandeó:

—¡Espabila, muchacho, o te quedarás sin desayuno! —Señaló la larga fila de marineros que esperaba el reparto de la

primera comida del día—. Hoy, por ser el primer día a bordo, he hecho un guiso. Pero a partir de mañana solo habrá comida caliente a mediodía. ¡Date prisa!

—Antes voy a recoger mis cosas.

El hatillo estaba donde lo había dejado la noche anterior. Lo abrió. Había colocado el cuenco y el vaso de madera encima, para tenerlos a mano a la hora del desayuno, y ahora estaban abajo. Alguien había registrado sus cosas.

«Además de matarme, buscaban apoderarse de la lista. Ignoran que la perdí», pensó.

Era el último de la fila y, cuando le llegó el turno, se había acabado el guiso. Pero maese Pedro le hizo una seña para que esperara. Cuando los marineros se dispersaron, sacó de un barril una hogaza de pan envuelta en un paño, cortó una enorme rebanada y puso encima de ella un buen pedazo de queso.

—Saborea bien el pan, Alonso, que cuando se acabe no tendremos ocasión de comerlo tan a menudo; la mayoría de los días tendremos que conformarnos con bizcochos secos.

—No tengo mucho apetito —musitó el joven. Y se sentó junto a la borda, alejado de los demás marineros.

El padre Juan Fernández Carrillo se acercó y se sentó a su lado.

—¿Te has repuesto ya, mancebo?

—Del chapuzón, sí. Aunque me duele todo el cuerpo, como si lo tuviera acorchado.

—Eso son agujetas de nadar y del trabajo... Los marineros dicen que el segundo día a bordo siempre es el peor.

—No sé si seré capaz de sobrevivir al tercero, padre.

—¡Bah! ¡Pide a Dios Nuestro Señor que no te mande todo lo que eres capaz de soportar! —Le obsequió con una sonrisa luminosa y se alejó.

Maese Pedro se sentó a almorzar junto a él y le dio una de las cebollas que se disponía a consumir.

—Toma, para que te repongas. ¿Estás seguro de que te empujaron?

—Sí.

—¿Quién querría deshacerse de ti?

Alonso se encogió de hombros. No era prudente que hablase a nadie de la lista.

—No lo sé —contestó.

Después de un momento de silencio, el cocinero dijo:

—Necesito un ayudante, el que contrataron se quedó en tierra porque le dieron fiebres a causa de unos humores, y he pensado, si te parece bien, pedirle al contraamaestre que te asigne a mi servicio.

—¡Oh! ¡Gracias, maese Pedro! —El oficio de ayudante del dispensero le parecía más fácil que el de grumete. Y también se sentiría más seguro. Tras haber averiguado que no llevaba la lista, quizá lo dejaran en paz, pero nunca se sabía.

En esto, vieron que doña Mencía lanzaba al mar un cubo sujeto a una cuerda.

—Ayer se molestó mucho cuando, por orden del capitán, llevé a primera hora de la mañana un barrilillo de agua dulce al castillo de popa —le explicó el cocinero.

—¿Con qué fin?

—Para que las damitas se asearan. El agua salada aja la piel y no hay nada en el mundo que les preocupe más que su cutis. Doña Mencía fue a ver al capitán Salazar y le dijo: «No permitiré que en este barco se desperdicie una sola gota de agua dulce...».

Unas fuertes risotadas lo interrumpieron. Los marineros se estaban agrupando en torno a tres sillas muy rudimentarias que había en la proa y que sobresalían sobre el agua.

—¿De qué se ríen? —le preguntó Alonso al cocinero.

—Es tradición en el *San Miguel* que la tripulación jalee la primera evacuación de los mandos a bordo. Lo que suele ocurrir a la mañana siguiente de zarpar, o sea, hoy.

—¿Os referís a la evacuación... de los intestinos? —Alonso no podía creerlo.

—¿A qué sí no? ¡Vamos a acercarnos y lo verás!

Los marineros abrieron un pasillo al capitán, al piloto mayor y al contraemaestre, que se acercaban con parsimonia a las sillas. Alonso vio que, efectivamente, tenían un agujero en el asiento.

En medio del jolgorio, los tres mandos se bajaron las calzas y se sentaron a hacer sus necesidades a la vista de todos.

Alonso, que siempre había creído que esas sillas eran para pescar, pensó que eran un invento ingenioso y práctico, pues el que las evacuaciones cayeran al mar evitaría resbalones y malos olores.

—¿Cómo se llaman esas sillas? —preguntó al cocinero, divertido al ver que los agujeros dejaban los traseros de los mandos al descubierto.

—Jardines.

Al oírlo, unos marineros que estaban a su lado recitaron:

—*¡En los jardines toda majestad se pierde y todos somos iguales!*

—*¡Iguaaaales, iguaaaales, iguaaaales!* —coreó el resto de la tripulación entre carcajadas.

Y comenzaron a cruzarse apuestas entre la tripulación sobre cuál de los tres mandos sería el primero en evacuar.

Ellos, para no defraudar a sus partidarios, se entregaban a la tarea con ahínco, apretando con todas sus fuerzas.

Fue el piloto mayor, con los ojos salidos, el que consiguió los laureles del triunfo. Cuando bajo su «jardín» se levantaron salpicaduras, estallaron aplausos.

—¡Vítor, vítor para el piloto mayor!

Lo apearon de la silla para pasarlo en volandas por cubierta pese a sus protestas, pues aseguraba que aún no había acabado.

La tripulación no olvidó a los otros dos mandos, pues cada vez que sus apretones daban fruto, fuese este parcial o total, los ovacionaban.

La aparición de doña Mencía, escoltada por Hernando de Trejo, paralizó la diversión y dejó a todos expectantes.

Avanzó hasta el «jardín» donde Salazar, congestionado por el esfuerzo, estaba coronando con éxito la tarea.

—No puedo imaginar, capitán, cómo consentís este espectáculo en una nave donde viajan damas de calidad —le dijo secamente.

—¡Señoora, esto no es lo que parecee! —contestó con voz estreñida.

—¿Ah, no?

Salazar bajó de la silla de un salto, tapándose el trasero con la capa.

—Lo que vuestra merced considera una falta de respeto es una tradición en esta nao. Tendréis que acostumbraros a... ciertos desahogos. Vamos hacinados. En un barco... uno regüelda, otro vomita, otro suelta los vientos... y en esta situación no se le puede reprochar a ninguno que tenga mala crianza.

La dama se encerró en el camarote dando un portazo.

—¡Mujeres y mares, dobles males! —masculló Salazar.

Al día siguiente, instadas por doña Mencía, las damitas cosieron varias cortinas con tela de velas y se las llevaron al capitán para que tapase con ellas «los jardines».

Salazar llamó a la tripulación a cubierta para notificarles que, a partir de ese momento, todo el que necesitase usar los jardines habría de echar las cortinas, so pena de una sanción de doble turno.

Los marineros celebraron su orden con un jolgorio de risas y chanzas.

—Ya sea blando, ya sea duro, hay que ponerle cortinas al culo —dijo uno.

A lo que otro, imitando la voz de la Adelantada, contestó:

—*Domino meo*, es muy feo; *domino orino*, es más fino.

Un tercero añadió:

—¡Por tierra o por mar, con cortinas se ha de cagar!

—¡Todo el mundo a sus puestos! —gritó Salazar para poner fin a las chufas.

